

Jesús Briseño Sánchez

6 Pecados Comunes

Murmuración

Mentiras

Malas Palabras

Enojo

Doble Ánimo

Prejuicios

6 Pecados Comunes

Jesús Briseño Sánchez

Este documento contiene seis sencillos estudios bíblicos:

El Pecado de la Murmuración (agosto de 2021)

Desechando la Mentira (septiembre de 2019)

Las Malas Palabras (octubre de 2025)

El Arte de Controlar el Enojo (julio de 2021)

El Doble Ánimo (diciembre de 2023)

Sin Prejuicios (marzo de 2022)

Tonalá, Jalisco, México.

[Visite en internet: Publicaciones Jesús Briseño](#)

EL PECADO DE LA MURMURACIÓN

Así dice la Palabra de Dios: *“Hermanos, no murmuréis los unos de los otros. El que murmura del hermano y juzga a su hermano, murmura de la ley y juzga a la ley; pero si tú juzgas a la ley, no eres hacedor de la ley, sino juez”* (Santiago 4.11).

Uno de los pecados más comunes en el que todas las personas solemos caer, es el pecado de la murmuración. Tan común y frecuente es este pecado, que ya estamos acostumbrados a él, parece ser parte de nuestra vida cotidiana. Aparte de común, es un pecado que resulta sumamente fácil de practicar. Tan fácil es, que ni cuenta nos damos cuando ya lo cometimos.

Esto se debe a que uno de nuestros grandes errores, es que medimos los pecados según la opinión humana, y no según el punto de vista de Dios. Atendemos al sentir y parecer humano, pues el mundo considera a la murmuración como algo entretenido, atractivo y hasta encantador.

Pero hermanos, la Biblia nos habla y previene mucho acerca de la murmuración. Dios nos dice que es pecado, nos dice que ese pecado es muy destructor, que trae graves consecuencias, para la persona que es denigrada, para la congregación en su obra y comunión, pero sobre todo para aquel que practica ese pecado. Por todo esto, es importante que atendamos a la voluntad de Dios y nos prevengamos en contra de esta fea acción de murmurar.

¿Qué significado tiene la palabra *murmuración*? Según el Diccionario de la Real Academia Española, la murmuración es: *“Conversación en perjuicio de un ausente”*. Según el Diccionario de James Swanson, en el hebreo, murmuración (**teluná**) significa: *“hablar palabras de queja expresando descontento”*. Joseph Thayer explica murmuración en el griego como: *“un disgusto secreto no confeso abiertamente”*. Según el Diccionario Vine, el vocablo griego que ha sido traducido en este pasaje de Santiago, es **katalaleo**, (**kata**, contra; **laleo**, hablar). Por eso, otras versiones de la Biblia dicen *“no se critiquen”* (BLA) o *“no hablen mal unos de otros”* (NVI).

De ahí que entendemos que la murmuración puede ser incluso sobre cosas ciertas. En ocasiones, como excusa para defender a la murmuración, se dice que no se están diciendo mentiras. Pero si fueran mentiras, entonces sería calumnia. La murmuración hermanos, es pecado, incluso cuando lo que se está diciendo del ausente sea verdad.

Esto lo vemos en el ejemplo de los hermanos de Moisés: *“María y Aarón hablaron contra Moisés a causa de la mujer cusita que había tomado; porque él había tomado mujer cusita. Y dijeron: ¿Solamente por Moisés ha hablado Jehová? ¿No ha hablado también por nosotros? Y lo oyó Jehová”* (Números 12.1-2).

Aquí vemos que los hermanos de Moisés se molestaron porque había tomado una mujer extranjera. Es muy probable que ellos tuvieran toda la razón, pero eso no es lo que se discute. Ellos hablaron en contra de Moisés a sus espaldas, y no de frente.

Y dice la Palabra de Dios *“y lo oyó Jehová”*. El Señor escucha todas y cada una de nuestras palabras, y esto es lo que deberíamos de recordar. Antes de que la persona ofendida se entere, Dios ya lo escuchó. Dios es omnipresente y omnisciente, y María y Aarón deberían saberlo muy bien, porque ellos mismos eran profetas de Jehová. Pero tuvieron en poco no solo la dignidad de su hermano y el mandamiento de Dios, sino también la grandeza del Señor.

Como todos los pecados que se cometen en contra de Dios, el de la murmuración también tiene sus defensores. Hay quienes dicen que el pecado, los errores o las deficiencias de algún hermano, son la causa que provoca la murmuración en contra de él. Pero no puede haber algo más falso. Ningún pecado que el hombre cometa se justifica; todos nacen de una voluntaria elección. Nada ajeno a mi voluntad puede causar que yo peque en contra de Dios.

¿Qué se debe hacer entonces?: “Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado” (Gálatas 6.1).

El pasaje no dice: *“Si alguno fuere sorprendido en alguna falta, ustedes que son carnales, hablen de él con espíritu de cobardía”*. Cuando un hermano comete pecado, eso no motiva que yo ande hablando de él a sus espaldas. A lo que motiva es a que yo tome mi Biblia, me asegure de la voluntad de Dios, hable de frente con mi hermano y lo rescate de su pecado.

Cuando observo a un hermano pecar, tengo el desafío o la oportunidad de rescatar a un alma del infierno o de condenarme junto con él. Me condeno si soy indiferente ante su pecado y me condeno si murmuro del pecador con otros. El único camino correcto es corregir bíblicamente el pecado, y esto, en caso de que me conste a mi o sea yo el ofendido; si no es así, entonces no es asunto mío.

Hermanos, si un asunto ya se arregló, no tengo por qué enterarme, y si no se ha arreglado, que lo arreglen los implicados.

Si la falta de un hermano no es lo que provoca la murmuración, ¿cuál es entonces la causa? El pecado. No existe ninguna murmuración que no tenga su origen en otro pecado. La murmuración es solo el resultado o producto final de un pecado engendrado en el corazón, en el pensamiento.

La murmuración puede surgir principalmente de la hipocresía, de la carnalidad, del prejuicio, del odio, del orgullo, del egoísmo o, como en el caso de los hermanos de Moisés, de la envidia. *“Y dijeron: ¿Solamente por Moisés ha hablado Jehová? ¿No ha hablado también por nosotros? Y lo oyó Jehová”* (Números 12.2). Aarón y María estaban celosos de que Dios favoreciera a Moisés. Tenían envidia de su jerarquía y autoridad, y eso motivaba sus murmuraciones. Como es común, un pecado originó el siguiente.

Otra de las defensas preferidas por quienes murmuran, es aparentar espiritualidad y preocupación por la obra de Dios. Incluso, llegan a fingir preocupación por la situación espiritual de aquel de quien están murmurando. Si se fija en la actitud de quienes murmuran al interior de la iglesia, hablan como si estuvieran motivados por fines espirituales, como si estuvieran preocupados realmente por la congregación, como si se estuvieran encargando de arreglar los problemas; casi parece que merecen o esperan el elogio, felicitación o agradecimiento por su murmuración. Si realmente buscaran la salvación de alguien, se dirigirían directamente con el indicado.

¿Se acuerda de las murmuraciones de los fariseos contra Jesús? Ellos presumían apego estricto a la ley de Dios, basaban sus acusaciones en la letra divina, se mostraban celosos y preocupados por su religión, por el templo y por su pueblo. ¿Tenían buenas intenciones hacia Jesús? ¿Deseaban rescatar a Jesús de sus errores? Ellos pensaban en sí mismos, en sus propios intereses y privilegios, en su propia imagen. Y toda su murmuración, no era sino el reflejo, resultado y manifestación de su propio pecado: odiaban a Jesús, le tenían temor y envidia y deseaban desacreditarlo. Eso es precisamente lo que en ocasiones se persigue: no se busca rescatar al hermano, se busca dañar su imagen, demostrar que no es quien dice ser. Pero esto se llama venganza.

Vemos aquí también otro detalle interesante: el pecado de la murmuración siempre es estimulado por quien la escucha.

La murmuración, para existir, requiere de oídos prestos para recibir basura. La murmuración no existiría si fuera frenada a tiempo. Pero otra debilidad del ser humano, nacida de un complejo de inferioridad, no es solo hablar contra el ausente, sino escuchar todo aquello que denigre a los demás.

La murmuración, pues, es un pecado compartido: peca quien habla contra su prójimo, y peca quien escuchándolo, no hace nada para frenarlo o, peor aún, lo continúa esparciendo. En ocasiones nos resulta más fácil, cómodo o tentador repetir a otros lo que hemos oído, en lugar de ir con el indicado y arreglar el asunto de frente. Y el pecado de la murmuración va creciendo y los problemas multiplicándose.

Dice la Biblia que *“la lengua es un mundo de maldad, inflamada por el infierno, llena de veneno mortal”* (Santiago 3.5-8).

La murmuración destruye matrimonios, la comunión entre hermanos, y hasta congregaciones enteras, y luego nos quejamos de la murmuración, cuando a su debido tiempo, permitimos que nos enredaran en pecados ajenos, dimos oídos a chismes y alentamos al murmurador a continuar. Y es que el pecado de la murmuración es sumamente seductor, placentero y hasta gracioso, solamente nos parece repulsivo cuando se usa contra nosotros, o contra nuestros familiares. ¡Ahí sí apelamos a la justicia divina, a la congregacional y hasta a la legal!

Dios castiga la murmuración: *“Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor. Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos”* (1Corintios 10.10-11).

Cuando nosotros leemos en la Biblia acerca de casos de murmuración, es para nuestra instrucción y advertencia. Dios castiga la murmuración, además de todo el daño que causa.

El más dañado de todos es el mismo murmurador. Quizá dañe la unidad y la obra de la iglesia, quizá perjudique en algo la reputación de algún hermano, pero, el más grande daño lo sufre el mismo murmurador. Pierde en automático la comunión con Dios, se condena al castigo eterno, queda ante sus propios oyentes como alguien con complejo de inferioridad, necesitado de denigrar a otros para hacerse notar a sí mismo. ¿Cuál es la ganancia de la murmuración? ¿Qué ganamos al hablar mal de otros? La murmuración no resuelve ningún problema, sino que los acrecienta y multiplica el pecado así como sus consecuencias.

Además de todo, se arriesga a meterse en un gran problema personal, si es que se topa en su práctica con alguien que actuará como un verdadero cristiano.

En el pecado de la murmuración, ¿se fija que no se habla mal de otros con creyentes sabedores de las Escrituras? Casi siempre, toda la murmuración va dirigida, cobardemente, a nuevos convertidos, a inexpertos en las cosas de Dios, o a quienes tienen mucho tiempo en la iglesia, pero no han mostrado otra cualidad, sino la de andar de chisme en chisme.

Hay hermanos que no saben evangelizar, no pueden memorizar un texto, ni siquiera saben cuántos libros tiene la Biblia, pero sí saben en qué pecado está otro hermano, sí saben lo que se dice de él, sí saben qué hermanos están peleados, sí saben el pasado de alguna hermana, y además, se lo pueden narrar a usted en orden y con lujo de detalles sin problema alguno.

Si usted es elegido para escuchar alguna murmuración, tenga cuidado e indígnese, porque el murmurador lo está catalogando como alguien ignorante o igual de chismoso y pecador que él. Debiera de tomar como un grave insulto cuando alguien le dice: *“yo sé que tú eres de confianza”*. Si alguien le dice frases como: *“a mí no me consta, pero...”*, *“yo supe que...”*, *“a mí se me hace que...”* cállele inmediatamente la boca y repréndalo duramente.

Si lo escucha, además de hacerlo parte de pecados ajenos que ahora tendrá que atender, indagar y solucionar, lo mete a usted en gran dificultad: El pecado de la murmuración trae como consecuencia el castigo eterno, por lo tanto, usted es testigo de un pecado que tendrá que reprender y exponer ante otros, si no desea la condenación de su hermano murmurador. Acuérdesse: peca no solo quien dice cosas de algún ausente, sino también quien lo escucha y no lo aclara con el señalado.

El pecado de la murmuración es muy fácil de cometer, pero muy difícil de reparar. Lo más recomendable y sencillo es frenar la murmuración antes de que se manifieste. Sin embargo, la murmuración corre veloz, y cuando nos damos cuenta, ya nos embarcaron.

Vea el ejemplo del apóstol Pablo: *“Porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé, que hay entre vosotros contiendas. Quiero decir, que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo. ¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?”* (1Corintios 1.11-13).

El apóstol es informado acerca de un problema personal que estaba causando cisma en la iglesia. Esa información no podía ser ignorada por el apóstol, y una vez escuchada, no podía quedarse sin hacer nada. Pero Pablo cita los nombres necesarios.

Cito del comentario de nuestro hermano Bill H. Reeves: *“El amor a la verdad, a la unidad de la iglesia, y a la salvación de almas involucradas en el pecado, exige que se busque la solución, revelándose información concreta a quienes puedan contribuir a la solución. (Los de Cloé eran personas responsables que no vacilaron en dar este reporte a quien podía ayudar efectivamente a los corintios). La solución se realiza si todos apelan a órdenes apostólicas. Pablo no dijo simplemente: “he oído que”, o “se dice que”, sino que nombró a sus informantes y declaró la acusación en términos precisos. La persona que viene diciendo: “Le voy a decir algo, pero no diga usted a nadie que yo se lo dije”, o que dice: “Le voy a decir algo pero no puedo mencionar nombres”, no merece ninguna atención. ¡Ignórese!”*

Cuando escuchamos una murmuración, la unidad de la iglesia y las personas involucradas están en grave peligro.

Si alguien le quiere comentar algo, adviértale primero dos cosas:

- Si no puede decirme nombres, y no quiere que diga el suyo, mejor no me diga nada.
- Si no quiere que se sepa lo que me va a decir, no me lo diga.

Si no se previno, y ya escuchó algo sobre alguien, deberá decirle al murmurador que vaya con el señalado y arregle ese asunto, de lo contrario, lo tendrá que hacer usted, por amor y buscando la salvación del murmurador, del señalado y de usted mismo.

La murmuración es un pecado público, es el que murmura quien se encarga de hacerlo público. Por lo tanto, no es suficiente con que le pida perdón a Dios. La persona que ha murmurado, deberá pedir perdón al afectado públicamente, independientemente de aclarar lo cierto o falso de su dicho.

Como se decía hace poco, el pecado de la murmuración es muy fácil de cometer, pero muy difícil de reparar. Pero si se toman estas medidas preventivas y si se corrige el pecado como Dios dice, verá como desaparece el poder satánico de la murmuración.

DESECHANDO LA MENTIRA

Dice así la Palabra de Dios: *“Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros”* (Efesios 4.25).

El vocablo griego que ha sido traducido como *desechando* es **apotithemi**, que significa literalmente *“sacar de uno, poner fuera, arrojar afuera”* (Diccionario Vine). Otras versiones dicen: *eliminando, desterrando, dejando, apartándose*, etc. La forma gramatical en el griego, tiempo aoristo, significa una acción hecha de una vez y para siempre. Literalmente dice: *habiendo desechado la falsedad*.

La mentira no solo se evita, sino que se abomina y aborrece tal como Dios lo hace: *“Seis cosas aborrece Jehová, y aun siete abomina su alma:”* (entre ellas) *“la lengua mentirosa”* y *“el testigo falso que habla mentiras”* (Proverbios 6.16-19). A Dios no solo le incomoda la mentira, sino que le da asco.

Puede ser cierto que el pecado de la mentira esté más presente en quienes aún no han madurado lo suficiente en el camino de Dios. Cuando uno es recién convertido, naturalmente que batalla más, principalmente con el dominio del lenguaje.

Pero otra lamentable verdad es que con el paso de los años como cristianos, nos vamos confiando más, nos vamos relajando en la vigilancia de nuestra conducta, vamos perdiendo el temor, y quizá pensando: *“esto no es tan grave, después pido perdón”*.

Nuestro hermano Wayne Partain comenta que *“es posible mentir, no solamente con palabras, sino también con los ojos, con los hombros (encogidos para indicar “no sé”), con el silencio, con alguna expresión del rostro, o con algún gesto de las manos, etc. Si el propósito de alguno es engañar o dejar alguna impresión falsa o errónea, es mentira. También, la verdad a medias es una mentira”*.

Es por la presencia y el daño del pecado de la mentira en la vida del cristiano, que se hace necesario profundizar y exponer la verdad de Dios sobre este tema, así como amonestar con la Palabra de Dios para advertirnos acerca de las consecuencias reales a las que nos estamos arriesgando.

¿Por qué miente el hombre, incluso el cristiano? Pueden existir muchas causas, por cuestión de espacio, quiero referirme a la que creo que es la más común:

FALTA DE FE Y DE TEMOR A DIOS

A lo largo de la historia humana, una trágica constante es no solo la falta de temor a Dios, sino el sorprendente y superior temor que se le tiene a las cosas y consecuencias materiales. ¿No lo cree?: *“Mas os digo, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer. Pero os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a éste temed”* (Lucas 12.4-5).

A menudo se le teme más al hombre que a Dios. Si alguien nos pide decir una mentira para ayudarlo o encubrirlo, la decimos. Tememos perder una relación de amistad, nos da miedo lo que vayan a pensar o a decir; máxime si es el patrón o nuestro jefe inmediato. Tememos perder nuestro puesto de trabajo o algún ascenso, o que nos vayan a bajar el sueldo. Preferimos darle la espalda a nuestro Dios.

A veces mentimos para nuestro “beneficio” personal. Para sacar algún provecho de las circunstancias. Para ahorrarnos unas monedas. Para no perder una pertenencia, un privilegio o una reputación social. Para quedar bien o que nos crean mejores personas. Para evitar una multa del gobierno. Para no hacer fila. Para no ir a trabajar. Para evitar pagar una deuda, y un sinnúmero de etcéteras. Todo tipo de engaño, simulación y fraude, también son mentira.

En ocasiones somos y nos consideramos tan poco confiables, que nos la pasamos jurando que decimos la verdad. Nuestro hermano Wayne Partain comenta: *“Nuestra palabra no debe ser apoyada por juramentos, sino por el carácter bueno y confiable”*. Las palabras serán creíbles no por su contenido, ni por la elocuencia al decirlas, sino por la calidad y confiabilidad de aquel que las dice. Si dices verdad no necesitas jurar, y si dices mentira el juramento no servirá de nada.

La más grande ofensa contra Dios, es cuando decimos una mentira y la justificamos diciendo que es con una buena intención o propósito, para evitar un daño mayor, o porque es algo irrelevante, como una broma. Para Dios es tan aborrecible este pecado, que no se entiende como hay quienes le pueden llaman *mentirita piadosa*.

Sea el pretexto que sea por el cual usted miente, esas cosas no le ayudarán cuando esté delante del trono de Dios. Si mintió para quedar bien con alguien, o para ayudar a un familiar, su familiar no podrá salvarlo. Si lo hizo para tener alguna ganancia o ventaja, eso que ganó no lo podrá cambiar por su alma.

Asimismo, ningún mal que venga por decir la verdad, se compara con el fuego del castigo eterno.

¿En dónde entra la falta de fe en este asunto? Cuando ignoramos las advertencias de Dios, es porque no creemos en sus palabras. Tal vez pensamos que está bromeando. No creemos que Dios nos pueda bendecir y prosperar nuestro trabajo, por eso sentimos que tenemos que engañar o timar a los demás, lo cual es mentira.

Seguido se escucha la expresión: *“tuve que mentir”* o *“no me quedó otra que mentir”*. Lo que estamos diciendo en realidad, es que no tenemos fe en Dios, en que nos pueda ayudar a pesar de las consecuencias por decir la verdad. Decimos: *“si digo la verdad no me va a creer”*. ¿Y quién le dijo que alguien que no cree en usted merece que se vaya al infierno por intentar tenerlo contento mintiéndole? Diga la verdad en todo asunto, y las consecuencias déjelas en las manos de Dios.

Por cierto, si hemos mentido a alguien y nos arrepentimos, es necesario confesarle la verdad y pedirle perdón, para poder orar a Dios y obtener también su perdón.

En ocasiones se le tiene más temor a la opinión humana que al mismo juicio de Dios. Por eso se miente y se tapan muchos asuntos. Pero vea lo que dice Jesús: *“Porque nada hay encubierto, que no haya de descubrirse; ni oculto, que no haya de saberse. Por tanto, todo lo que habéis dicho en tinieblas, a la luz se oirá; y lo que habéis hablado al oído en los aposentos, se proclamará en las azoteas”* (Lucas 12.2-3).

La Biblia en Lenguaje Sencillo dice: *“lo que digan en secreto, lo llegará a saber todo el mundo”*. ¿Le da vergüenza que se sepa la verdad de algo? Todos los secretos serán descubiertos al final delante de todo el mundo. A final de cuentas las consecuencias que usted quiso evitar se sufrirán delante de todos, y después el castigo eterno. ¿No es mejor negocio decir siempre la verdad?

Se dice que una vez dos hermanos iban a ir a un asunto, y la esposa de uno de ellos, queriendo quedar bien, les dijo: *“derechito a donde van ¿he?”* Se regresa el esposo y le dice: *“Si fuera por temor a ti, hace muchos años que te hubiera engañado. No lo hago, porque temo a Dios”*. A Dios es a quien hay que temer.

PROMESAS Y ADVERTENCIAS

No se inquiete tanto por lo que otros opinan de usted ahora, preocúpese antes por lo que Dios sabe de usted.

No vea lo que puede perder por decir la verdad, más bien mire lo que puede perder por decir mentiras: *“El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo. Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda”* (Apocalipsis 21.7-8).

El contraste entre las promesas de Dios y sus advertencias es terrible. Toda la gloria eterna que incluye el perdón de los pecados, la adopción de hijos, la íntima comunión, el reino espiritual y la herencia en los cielos, es prometida solo a los cristianos fieles y vencedores.

La culpa del pecado, el ser hijos del diablo, la separación eterna de Dios y el lago que arde con fuego y azufre, será dado a todos los pecadores; a los que rehusaron creer en el Hijo, y a los que profesando piedad, fueron en realidad hijos del padre de la mentira. Para Dios no hay puntos medios, para nosotros no hay una tercera opción.

Dice Proverbios 19.5: *“El testigo falso no quedará sin castigo, y el que habla mentiras no escapará”*. ¿Le parece ahora poca cosa la mentira?

UNA RELIGIÓN DE MENTIRA

Tal vez alguien siga creyendo que este estudio está de más, y que realmente no existe la más mínima mentira en la vida de ningún hermano.

Hermano: ¿conoce usted a Dios? ¿Está y permanece usted en Cristo? ¿Es usted amigo de Dios?

Veamos qué dice el Señor: *“Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo”* (1Juan 2.3-6).

La Biblia en Lenguaje Sencillo traduce: *“Nosotros sabemos que conocemos a Dios porque obedecemos sus mandamientos. Si alguien dice: «Yo soy amigo de Dios», y no lo obedece, es un mentiroso y no dice la verdad. En cambio, el que obedece lo que Dios ordena, de veras sabe amar como Dios ama, y puede estar seguro de que es amigo de Dios. El que dice que es amigo de Dios debe vivir como vivió Jesús”*.

Para responder afirmativamente a estas preguntas, existen dos requisitos: obedecer los mandamientos de Dios y caminar como Jesucristo lo hizo. Quien insista en decir que conoce, ama y es amigo de Dios, sin cumplir estos requisitos, es un mentiroso, según la Palabra de Dios.

Dice el Diccionario Teológico Beacon: *“En la terminología bíblica, mentir no se refiere simplemente a la práctica intelectual de la deshonestidad. Es más bien la distorsión del verdadero yo, de nuestras relaciones con los demás y de nuestra relación con Dios”.*

Quiénes somos en realidad importa más que lo que decimos de nosotros. Nuestra verdadera relación y comunión con Dios depende de lo que hacemos.

¿Qué le responde al mundo cuando le presenta algún compromiso para el primer día de la semana, ya sea de trabajo o de la familia? Le dice usted a Dios: *¿“no te puedo servir porque tengo que atender a un familiar”?* O le dice a su familiar: *¿“no te puedo atender porque tengo que servir a Dios”?* ¿Quién gana la lucha en su corazón, el mundo o Dios? Lea 1Juan 2.15 y medítelo bien en su corazón.

Si obedecer lo que Dios manda significa conocerlo y ser su amigo, ¿Cómo anda usted en el estudio de la Biblia y en la predicación del evangelio? Les decimos a los católicos que nosotros no tenemos a Dios en una imagen, sino en el corazón. Pero en este momento el Señor nos pregunta: *¿en dónde está tu Dios?*

¿Y qué decir de la distorsión de nuestras relaciones con los demás?: *“Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?”* (1Juan 4.20).

La sinceridad de nuestra fe y permanencia en Dios, se demuestran en el amor a dos objetos específicos: Dios y nuestros hermanos. Si el amor a Dios es obedecer sus mandamientos, el amor a nuestros hermanos es tenerles buena voluntad.

El amor verdadero no depende de los sentimientos, ni responde a méritos del otro. Responde a la voluntad de Dios y a ver las cosas con los ojos de Dios. Dios no me pide que esté de acuerdo con toda acción y pensamiento de mi hermano, o que acepte sus defectos personales. Me pide que lo ame tal cual es, que ore por él, que no le haga ningún mal, que le haga todo el bien posible, que sea cercano a él y a sus necesidades.

Amo a mi hermano no porque me caiga de maravilla, porque sea perfecto o porque me convenga. Amo a mi hermano porque está en Cristo, y eso es suficiente. Amo a mi hermano para poder amar a Dios, para desechar la mentira y para no ser homicida y perder la vida eterna, pues 1Juan 3.15 dice: *“Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él”*.

¿Ama usted a sus hermanos? ¿Cuántas horas a la semana pasa con ellos? ¿Qué tanto sabe de sus gustos, necesidades, alegrías, trabajo, familia, historia? ¿Sabe usted las cosas que para ellos son importantes? ¿Qué hace usted para estar más cerca de ellos?

¿Se da cuenta que el tema de la mentira no solo no es tan sencillo como parece, sino que además involucra a muchas más cosas y detalles? No cuide solamente sus palabras para no decir algo que no es, cuide antes toda su mente, todo su corazón, para que su vida espiritual no sea una mentira. Para que sea un vencedor e hijo de Dios por toda la eternidad.

CONCLUSIÓN

Palabras de Pablo que no requieren mayor comentario: *“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad. Por lo cual, desecharo la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros”* (Efesios 4.22-25).

El cristiano es aquel que renueva primeramente su interior, para poder revestirse de un nuevo ser, creado según la voluntad de Dios, en la justicia y santidad de la verdad.

LAS MALAS PALABRAS

Así dice la Palabra de Dios: *“Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes. Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. Quitense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia”* (Efesios 4.29-31).

Ninguna palabra corrompida. El adjetivo ‘corrompida’ es traducción de la palabra griega **sapros**, que significa, según diversos diccionarios bíblicos: *“podrido, corrupto, putrefacto, dañino”*. La Biblia en Lenguaje Sencillo traduce: *“No digan malas palabras. Al contrario, digan siempre cosas buenas, que ayuden a los demás a crecer espiritualmente, pues eso es muy necesario”*.

Se dice con razón que las palabras tienen un gran poder, pues con ellas podemos predicar la palabra, aconsejar, capacitar, consolar, amar, edificar; pero, desgraciadamente, también podemos destruir, herir, ofender y ahuyentar a las personas. Uno de los grandes desafíos para el cristiano, es abandonar el uso de las malas palabras en todas sus conversaciones.

A fin de dar gracia a los oyentes. Debemos de fijarnos el principal objetivo de nuestras palabras: dar gracia a los oyentes. Que cuando alguien nos escuche hablar, sepa inmediatamente que somos cristianos. Que cuando alguien nos escuche hablar, reciba algo provechoso para su vida. Que las personas se agraden y busquen nuestra conversación. Por nuestra forma de hablar, es posible que alguien se interese en el evangelio de Cristo. Pero también es posible que alguien se espante, que alguien le pregunte: ¿de verdad es usted cristiano? Piense muy seriamente en esto: ¿las personas de su entorno lo buscan para conversar, o lo evaden?

Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios. La única vez que se dice que el Espíritu Santo se entristece, es cuando hablamos incorrectamente. El Espíritu Santo no solo es nuestro sello y garantía de nuestra redención, sino también el responsable de nuestra santificación (Juan 17.17). Cuando decimos malas palabras, exponemos como incompetente al mismo Espíritu Santo de Dios, así como a su palabra revelada.

Estamos viendo que las consecuencias de nuestra mala forma de hablar no son cualquier cosa. No es algo que debiera de causarnos risa, porque a Dios le causa tristeza. ¿O acaso nos causará risa la tristeza de Dios?

Es increíble que a cristianos nos cause gracia cuando niños pequeños comienzan a maldecir, ¿no debiéramos más bien de lamentarnos?

Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Los pecados se acompañan, y muchas veces se manifiestan con gritería y maledicencia. Muchas palabras quizás no sean conocidas como groserías, pero surgen de estos malos sentimientos, y para Dios son malas palabras. Se usan palabras para molestar, provocar o herir a otros, con doble sentido o con mala intención, o que surgen también de nuestra envidia o resentimiento. Para Dios es mala palabra la que sale de nuestra boca y que no tenga un buen propósito, que no ayude o no edifique a los demás. Si algo no edifica, no lo diga ni lo escuche.

¿Cuál es el origen de la maledicencia? Dice la Palabra del Señor: *“Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre”* (Marcos 7.21-23).

Jesús enseña lo que verdaderamente contamina al hombre: lo que sale del corazón, como por ejemplo, la maledicencia, el uso de malas palabras al hablar. Para Dios es importante nuestra forma de hablar porque es fruto del corazón. En su carácter, en lo que el hombre es en su interior, se origina todo tipo de mal, y uno de los que más daño hace al testimonio del creyente, pero sobre todo a la gloria de Dios, es cuando utilizamos malas palabras en nuestras conversaciones.

Por eso, dice también el Señor: *“O haced el árbol bueno, y su fruto bueno, o haced el árbol malo, y su fruto malo; porque por el fruto se conoce el árbol. ¡Generación de víboras! ¿Cómo podéis hablar lo bueno, siendo malos? Porque de la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas; y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas. Más yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado y por tus palabras serás condenado”* (Mateo 12.33-37).

Según el pensamiento de Dios, no es posible hallar justificante alguno para decir malas palabras. Aun en las ocasiones en que seamos molestados, agredidos o provocados por otros, siempre estará en nuestras manos y será nuestra decisión la forma y las palabras con las cuales contestaremos (Proverbios 15.1).

Responderemos, no con lo que alguien ponga en nuestra boca o en nuestra mente, sino con lo que ya tengamos en el corazón. Es por ello que el Señor nos invita a tomar una decisión, a no ser hipócritas, a cambiar verdaderamente nuestro interior para que, por efecto, cambie automáticamente nuestro exterior, lo que proyectamos en palabras, actitudes y acciones. Solo personas buenas hablan palabras buenas.

Nuevamente vemos, que no solo las malas palabras en sí son pecado, sino toda palabra ‘ociosa’. Es decir, aquella que no sea productiva, que no sea beneficiosa para nosotros o para otros. En ocasiones evitamos lo que llamamos groserías, pero nos pasamos hablando dos horas de fútbol, de telenovelas, de política o de otras personas. Esa es una forma incorrecta de usar nuestro lenguaje (Proverbios 10.19).

Hay quienes se la pasan hablando con otras personas todo el día, pero no se sienten capaces de hablarles del evangelio. Y tristemente así es, no somos capaces de hablar de la palabra de Cristo, porque no es lo que mora en abundancia en nuestros corazones (Colosenses 3.16). Según Jesús, de lo que abunda, de lo que se atesora en el corazón hablará la boca. ¿Desea cambiar su lenguaje? Es muy sencillo: cambie su corazón y su mente y sus palabras cambiarán solas (Proverbios 4.23).

Jesucristo revela que muchas personas serán condenadas sencillamente por haber proferido palabras ociosas, sin utilidad, provecho o edificación. ¿Sigue usted pensando que este tema no es trascendente?

“Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno. Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana; pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal. Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así. ¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga? Hermanos míos, ¿puede acaso la higuera producir aceitunas, o la vid higos? Así también ninguna fuente puede dar agua salada y dulce” (Stg. 3.6-12).

La fuente y origen de las palabras es el interior, la mente y el corazón. Si nuestro Dios nos ha dado un nuevo ser, si efectivamente nos ha limpiado desde adentro, y si mora efectivamente el Espíritu Santo en nosotros ¿cómo puede salir algo malo de ahí?

O ¿acaso Dios tiene el poder para cambiar solamente nuestro exterior? Quienes de verdad han sido renacidos a una nueva vida y han recibido de Cristo Jesús la potestad de ser hechos hijos de Dios, mostrarán por su buena conducta y lenguaje sus obras en sabia mansedumbre (Santiago 3.13).

¿Y cómo se bendice a Dios y se maldice al mismo tiempo al hombre hecho a imagen y semejanza de Dios? ¿A quien realmente se está ofendiendo? Al ofender a otra persona se ofende a Dios, en primer lugar, porque él nos ha dado el mandamiento de no ofender. Y en segundo lugar porque se ofende a alguien hecho a la imagen y semejanza de Dios mismo. Todas las personas tienen una alta dignidad ante los ojos de Dios, y debemos de aprender a verlas con los ojos de Dios.

En ocasiones, en vez de reconocer que usamos palabras incorrectas y corregirnos, nos obstinamos en buscar justificaciones, cuando Dios nos dice que no las hay. A veces repetimos las malas palabras dichas por otra persona, y decimos eso como justificación. Hermano: usted no las diga ni las repita.

Asimismo, defendemos el uso de ciertas palabras, no importándonos si son ofensivas para otra persona. Por ejemplo, los famosos apodos. Le ponemos apodos a las personas y luego nos defendemos diciendo: *“esa palabra no tiene nada de malo”*. A lo mejor no tiene nada de malo la palabra en sí, pero a la otra persona le ofende.

En este tema también se deben de considerar tanto la consciencia propia como la ajena. Si nuestra consciencia nos dice que una palabra no es correcta, debemos de evitarla. En 1Corintios 8 y Romanos 14, tenemos la instrucción del apóstol Pablo respecto a cuestiones de consciencia. Debiéramos de pensar, parafraseando a Pablo: si algo en mí ofende a mi hermano, no lo haré jamás. Si mi hermano se ofende por una palabra, jamás la va a escuchar de mí.

Nuestro Señor Jesucristo nos pone el ejemplo de cómo debemos de hablar, y con qué palabras debemos de llamar la atención: *“Y todos daban buen testimonio de él, y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca, y decían: ¿No es este el hijo de José?”* (Lucas 4.22). Quiera Dios que las personas que nos conocieron antes, por nuestro nuevo lenguaje se sorprendan y se den cuenta de que ahora somos cristianos.

Dice la Palabra de Dios: *“Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno”* (Colosenses 4.6).

Cuando una comida no es cuidadosamente sazonada, no deleita. Cuando las palabras no son bien sazonadas en nuestra mente, solo lastiman y ahuyentan. La sal no solo evita la corrupción en su comunicación, también la conserva por más tiempo. Las palabras no se las lleva el viento, ni se olvidan con el tiempo. Toda palabra dicha seguirá destruyendo o edificando, trayendo maldición o bendición, hiriendo o sanando. Hermano, ¿cómo recordará la gente tus palabras?

Existen un gran número de más malas palabras: la mentira, la difamación, la calumnia, el chisme, el engaño, el prejuicio, la murmuración, las quejas contra Dios (Malaquías 3.13). Son también pecados que se cometen por medio de palabras.

Dice también el Eclesiastés: *“Procuró el predicador hallar palabras agradables, y escribir rectamente palabras de verdad”* (Eclesiastés 12.10). Todos sin excepción, pero sobre todo los predicadores del evangelio de Cristo, debemos de procurar pulir y sazonar nuestro lenguaje, buscar y hallar palabras agradables no solo a los demás, sino también agradables a Dios.

Hay palabras que hace muchos años no eran malas palabras pero ahora sí lo son. Yo pregunto: ¿puedo utilizar cualquier palabra que hace tiempo no era mala palabra aunque ahora sí lo sea? Si usted estudia la etimología o el origen y desarrollo de las palabras, se va a encontrar con que su significado primario es inofensivo, en un principio esas palabras no eran negativas, por lo menos en su gran mayoría. Vuelvo a preguntar: ¿las puedo usar por eso? Claro que no, porque ahora sí son ofensivas.

La prueba máxima de que hay palabras que decimos y que consideramos fuertes y que no son correctas para nosotros, es que a nuestros seres queridos no se las decimos. Si una palabra usted no se atrevería a decírsela a su esposa, a su mamá o a Dios, entonces ¿por qué a los demás sí? o ¿por qué a los niños sí?

Un error garrafal que se comete en la educación de los niños, es cuando se les dice cosas como: *“delante de los hermanos no digas malas palabras”*. Y la mente del joven aprende y se va acostumbrando a que la vida del cristiano es una *dobles vida*: una forma de ser y de conducirse delante de los hermanos y otra muy distinta en la casa, en el trabajo, en la calle, en la vida diaria.

La justificación más usual para usar malas palabras, es que las circunstancias o determinada persona nos provocaron a decirlas, sobre todo en alguna discusión. En la vida discutimos con otras personas o hermanos sobre diversas cuestiones, es normal, natural y hasta necesario.

Aunque, la verdad es que la mayoría de las discusiones son triviales y deben de evitarse (2Timoteo 2.14, 16, 24); si no aprende a ignorar a las personas, siempre seguirá ignorando a Dios. *“Si alguno se cree religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana”* (Santiago 1.26).

Ahora, si realmente debemos de discutir algo, debemos de desarrollar la capacidad para hacerlo en pleno dominio de nuestro temperamento. Jamás trate un asunto importante sin el control total de sus emociones. Aprenda a escuchar y a analizar quejas, críticas y cosas desagradables, aprenda a guardar silencio (muérdase la lengua si es necesario), aprenda a respirar profundamente, aprenda a responder cuando sea oportuno, aprenda a enfocarse en lo más importante.

Recuerde que somos llamados a seguir el ejemplo de Jesucristo, *“quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente”* (1Pedro 2.23). Si este es su talón de Aquiles, tómelo como su altar personal, en el cual va a sacrificar la carne para la gloria de Dios (Romanos 6.13, 19; 1Corintios 9.27; Gálatas 2.20; 5.24).

Como resumen, algunos consejos para cuidar, mejorar y cambiar nuestro lenguaje:

- Detenga las palabras (Proverbios 10.19; Santiago 1.26).
- Limpie su corazón, su mente y sus propósitos (Mateo 12.33-35).
- Fíjese el objetivo de dar gracia a los oyentes (Efesios 4.29).
- Prepárese de antemano (1Pedro 3.15).
- Siga el ejemplo de Jesús (1Pedro 2.21-23), sorprenda para bien (Lucas 4.22).
- Evite conversar con personas maldicientes (1Corintios 15.33).
- Evite todo tipo de material artístico que contenga malas palabras (música, videos, películas).
- No se justifique. Reconozca su error, pida perdón a Dios y a quien corresponda y comprométase seriamente con un cambio.
- Deje de pensar con malas palabras, controle y afine su conversación mental, para que las malas palabras vayan desapareciendo de su lenguaje.

¿Sabe por qué? Porque cualquiera que le diga fatuo a su hermano, quedará expuesto al infierno de fuego, dice el Señor (Mateo 5.22). Porque por nuestras palabras seremos justificados, o por ellas seremos condenados.

‘Manzana de oro con figuras de plata es la palabra dicha como conviene’

(Proverbios 25.11).

EL ARTE DE CONTROLAR EL ENOJO

Lo primero que debemos atender en este estudio, es una aparente contradicción en las palabras del apóstol Pablo y en unos cuantos versículos de distancia, en su Carta a los Efesios capítulo 4, específicamente en la comparación de los versos 26 y 31.

El versículo 26 da permiso para airarse: “*Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo*”. La Biblia Latinoamericana traduce: “*Enójense, pero sin pecar*”. Por su parte, el verso 31 ordena otra cosa: “*Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia*”.

Lo que sucede, es que las dos palabras involucradas no son una traducción del mismo vocablo en el texto griego.

Airaos, del verso 26, es del griego **orgizo**, y sugiere una condición más fija o permanente de la mente, frecuentemente con vistas a tomar venganza. Es menos súbita, pero más duradera. Por eso indica Pablo: “*que este enojo no les dure todo el día*” llevándolos a pecar. Es entonces un enojo más calmado y que tiene que ver más con el pensamiento. Por su parte, la palabra *enojo* en el versículo 31 es **thumos**, e indica una condición más agitada de los sentimientos, una explosión de ira debida a la indignación interna. Expresa más los sentimientos internos. Es más súbita, aunque menos duradera. Este enojo es más explosivo y tiene que ver más con las emociones.

Se entiende entonces, que podemos sentir enojo pero sin perder el control de forma que nos haga pecar. Un enojo razonado, limitado, enfocado, y no una explosión de ira incontrolable con sus efectos de violencia, amargura, gritería y maledicencias. Un cristiano puede, y en ocasiones hasta debe, de enojarse. Pero no tiene permiso divino para pecar tomando como excusa su enojo. Asimismo, el texto de Efesios 4.26 no justifica a hermanos que se caracterizan por ser ‘*enojones*’.

El enojo es un estado emocional, se suele referir a él como una alteración anímica. Es a la vez un sentimiento común y, para muchos, difícil de manejar. Al ser una emoción humana, no se puede hablar de erradicarla o evitarla. Por ello, nuestro estudio trata sobre el *arte* de *controlar* el enojo. Se requiere aprender y desarrollar verdaderas habilidades artísticas para mejorar en su control y conducción. El humano es un ser altamente emocional. Así como algunas cosas nos causan temor o tristeza, y otras nos proveen felicidad o tranquilidad, de la misma manera existen razones o factores que pueden detonar nuestro enojo o enfado.

Como todos los sentimientos comunes en el ser humano, puede ser normal que respondamos con esta emoción ante ciertas circunstancias, pero, como todos ellos, debe de controlarse para que no se convierta en un problema mayor o en un pecado.

Debemos orar a Dios pidiendo no ser puestos en circunstancias que no podemos manejar (Mateo 6.13); pero, al mismo tiempo, cuidemos de no meternos nosotros mismos en ellas; no entremos en asuntos, circunstancias, relaciones o discusiones que nos inciten al enojo.

Dice así la palabra de Dios: *“No te entremetas con el iracundo, ni te acompañes con el hombre de enojos, no sea que aprendas sus maneras, y tomes lazo para tu alma”* (Proverbios 22.24-25). La Biblia en Lenguaje Sencillo traduce: *“No te juntes con gente de mal genio ni te hagas amigo de gente violenta, porque puedes volverte como ellos y pondrás tu vida en peligro”*.

Cuida tus asociaciones. Aléjate de las personas tóxicas, a menos que notes que puedes influir en ellas para bien. Pero si ves que cada que se te acerca determinada persona tu estado de ánimo se debilita o se altera, aléjate de ella. Y si te sientes o estás obligado a permanecer junto a esa persona, entonces *vence con el bien el mal*: sé tan positivo y optimista que sea ella quien termine por cambiar o por alejarse.

Cuida las cosas a las que dedicas tu tiempo y atención. ¿Te molesta la política? Pues no te metas en política. A menos que seas un gran revolucionario social, la política puede fácilmente vivir sin ti. ¿Te molesta el deporte, los espectáculos, las redes sociales? Pues no entres en esos asuntos y polémicas. Y si crees que tienes derecho o necesidad de meterte en esas cosas, entonces primero desarrolla tu dominio propio y tu capacidad emocional para que las controles y que no te controlen ellas a ti. Pablo lo aconseja así: *“Todas las cosas me son lícitas, mas no todas convienen; todas las cosas me son lícitas, mas yo no me dejaré dominar de ninguna”* (1Corintios 6.12).

Otra clave es poner orden y disciplina en tu vida y en tus cosas, en tus compromisos y en tus actividades diarias. A cada persona le molestan diferentes cosas y en grado distinto; pero existen detalles como no tomar el debido tiempo para nuestras tareas, citas y responsabilidades, o no dejar ciertos objetos en su lugar acostumbrado. Las prisas y el estrés que esto provoca, puede ser causa del enojo o de que este crezca innecesariamente. Cosas tan sencillas como que tarde el transporte en pasar o que no encontremos las llaves, o que alguna persona o circunstancia nos entretenga, pueden echarnos a perder el día y, sin darnos cuenta o saber por qué, ya estamos enfadados.

De igual forma, muchas personas tienen un carácter irritable por no dormir el tiempo que el cuerpo y la mente necesitan. Como el cuerpo necesita comida, agua y aire, de la misma forma necesita el descanso necesario. Tal vez deban, en lugar de robarle tiempo al sueño, disminuir sus compromisos y actividades.

Cuida las cosas en las que involucras tu corazón: *“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; Porque de él mana la vida”* (Proverbios 4.23).

Ejercita a tu mente, para escuchar más de lo que hablas: *“Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse; porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios”* (Santiago 1.19-20). La Biblia en Lenguaje Sencillo dice: *“Mis queridos hermanos, pongan atención a esto que les voy a decir: todos deben estar siempre dispuestos a escuchar a los demás, pero no dispuestos a enojarse y hablar mucho. Porque la gente violenta no puede hacer lo que Dios quiere”*.

Escucha a las personas con verdadera atención y humildad, con silencio en tus labios y en tu interior. Ocupa a tu mente en razonar qué parte de lo que oyes es verdad. Acepta esa parte. Date tiempo para analizar lo demás; entre más tiempo pase, mejor lo examinarás y, sobre todo, mejor responderás a ello. ¿Recuerdas el comercial de los años 80 en la televisión, donde se mostraba la necesidad de contar hasta diez, ante momentos de provocación o desafío al estado emocional? Si después de diez segundos tu respuesta ya no es la misma, imagínate días después, cuando ya le diste vueltas al asunto y lo analizaste fríamente.

Aunque creas lo contrario, no estás obligado a responder inmediatamente a nada y, en determinados casos, no estás obligado a responder en ningún momento y bajo ninguna circunstancia. Ofrece y acepta dialogar, pero si la otra persona no quiere tratar un asunto hermanablemente o por lo menos respetuosamente, más vale que lo ignores, porque si no, terminarás por ignorar la voluntad de Dios. Dice Pablo: *“Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres”* (Romanos 12.18). Debes buscar la conciliación y el entendimiento, pero si la otra parte siempre responde violentamente, ya no depende de ti.

Enmudece. Si lo que vas a decir compromete tu fe en Cristo, tu relación con Dios o tu testimonio como cristiano, enmudece. Ignoro a qué fenómeno psicológico se deba, pero siempre nos sentimos obligados a defender nuestros derechos, nuestra postura, nuestra imagen o nuestra reputación.

Pero lo más importante en tu vida no es lo que el mundo *cree* o *dice* de ti, sino lo que Dios *sabe* de ti. Cuida tus acciones y tu comunión con Dios y permite que tu imagen se cuide sola. Si de Jesús hablaron mal y lo calumniaron, no creo que tú te vayas a escapar. Además, no estás obligado a caerle bien a todo el mundo, si ese es tu objetivo, no lo vas a lograr. Un hombre muy sabio dio este consejo: *“Tampoco apliques tu corazón a todas las cosas que se hablan, para que no oigas a tu siervo cuando dice mal de ti; porque tu corazón sabe que tú también dijiste mal de otros muchas veces”* (Eclesiastés 7.21-22).

Habla el texto de Santiago de una *disposición*. Prepárate para los momentos de tentación. Es cierto que no puedes evitar ser provocado, y hasta es cierto que a veces no podrás evitar enojarte. Está bien, no te preocupes tanto por esto. Pero prepárate de antemano, para estar dispuesto a responder de la mejor manera posible y, sobre todo, a no cometer pecado en tu respuesta, porque esto sí lo puedes y debes de lograr. *“Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseñoa de su espíritu, que el que toma una ciudad”* (Proverbios 16.32).

Si no puedes evitarlo, sino que regularmente debes tratar con equis persona o pasar por determinada situación, prepara tu mente y tu corazón para que no sean desafiados más allá de lo que puedan soportar. Prepara tu ánimo, prepara tus emociones y pensamientos, prepara tu distancia, tu conducta, tu norma y tu lenguaje. Jamás trates un asunto importante sin el control total de tus emociones. Verás que serás notoriamente mucho menos afectado, y la gloria de Cristo también. Entre más te prepares, menos sufrirá la gloria de Cristo. Porque, desgraciadamente, cuando pierdes el control de tus emociones, la gente no dice: *“que enojón es este hombre”* la gente lo que dice es: *“y dice que es cristiano”*.

Sigue el ejemplo de Cristo: *“Y siendo acusado por los principales sacerdotes y por los ancianos, nada respondió. Pilato entonces le dijo: ¿No oyes cuántas cosas testifican contra ti? Pero Jesús no le respondió ni una palabra; de tal manera que el gobernador se maravillaba mucho”* (Mateo 27.12-14).

Jesús no se sintió obligado a responder, y su ejemplo nos muestra que no es pecado guardar silencio ante los ataques y las provocaciones. Jesús no respondió a los cuestionamientos de los fariseos (Mateo 21.27), no le respondió a sus acusadores (Mateo 27.12), no le respondió al concilio (Lucas 22.66-68), no le respondió al Sumo Sacerdote (Mateo 26.62-63), no le respondió al rey Herodes (Lucas 23.9) y no le respondió al mismo representante del poder romano (Juan 19.9-10).

Algunos dicen: *‘es que yo no soy Jesús, yo soy Fulano de tal’*, o *‘yo no puedo compararme con Cristo’*.

Pero vea la orden del apóstol Pedro: *“Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente”* (1Pedro 2.21-23).

Cierto que no podemos compararnos con él en sus características divinas, en su autoridad o en su obra, pero en su carácter, conducta y cualidades morales, es mandamiento, es indispensable e imperativo que lo hagamos, pues dice también el apóstol Juan: *“El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo”* (1Juan 2.6). Un cristiano no es el que se pone ese nombre, sino aquel que le pertenece en cuerpo y alma al Señor e intenta con todas sus fuerzas parecerse cada día más a él.

A lo mejor usted dice: *‘es que usted no sabe lo que me han hecho o lo que han hablado de mi’*. Entonces acompáñeme a los pies de la cruz: *“Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca”* (Isaías 53.7). Para lo que abrió su boca, fue para perdonar y orar por aquellos que lo estaban asesinando (Lucas 23.34).

Sucede que nos creemos más importantes que Jesucristo, pues respondemos violentamente si alguien murmura de nosotros, si alguien nos acusa falsamente de algo, si alguien nos insulta, reta o amenaza, si alguien se queda con un peso nuestro, si alguien se nos mete en la fila o en el tráfico, si alguien no nos saluda, y un largo etc. En ocasiones es suficiente la sola sospecha de que alguien nos quiere dañar.

Puede ser normal el enojo, pero ¿por estas cosas? Dios reprendió el enojo de un profeta: *“Y Jehová le dijo: ¿Haces tú bien en enojarte tanto?”* (Jonás 4.4). De verdad, ¿ganas algo con enojarte tanto? ¿Solucionas algo? ¿Es mejor para ti, para tu salud física y espiritual? Jonás estaba enojado porque Dios había perdonado a la ciudad de Nínive y porque se había secado una calabacera que le daba sombra. Es necesario aprender a darle a las cosas, las personas y los eventos la importancia real que tienen.

Ok, ya te quitaron 5 pesos, ¿también quieres que te quiten tu tranquilidad, tu gozo y tu comunión con Dios? Analice por qué cosas se ha molestado en los últimos días, y luego medite cuál de ellas es más importante que su relación con Dios.

Existen dos extremos en este asunto. En primer lugar, no tener enojo alguno, o sentir enojo y reprimirlo guardándolo en nuestro ser, puede representar un extremo perjudicial, pues jamás se soluciona, ni se corrige, ni se mejora nada. El otro extremo, igual de perjudicial, es permitir la explosión del enojo haciéndonos olvidar las instrucciones divinas y nuestra fe en la voluntad de Dios.

¿No lo cree? Esto lo vemos en el caso de Moisés: *“Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Toma la vara, y reúne la congregación, tú y Aarón tu hermano, y hablad a la peña a vista de ellos; y ella dará su agua, y les sacarás aguas de la peña, y darás de beber a la congregación y a sus bestias. Entonces Moisés tomó la vara de delante de Jehová, como él le mandó. Y reunieron Moisés y Aarón a la congregación delante de la peña, y les dijo: ¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña? Entonces alzó Moisés su mano y golpeó la peña con su vara dos veces; y salieron muchas aguas, y bebió la congregación, y sus bestias. Y Jehová dijo a Moisés y a Aarón: Por cuanto no creísteis en mí, para santificarme delante de los hijos de Israel, por tanto, no meteréis esta congregación en la tierra que les he dado”* (Números 20.7-12).

Moisés estaba molesto, y con razón, con el pueblo de Israel, pero por su enojo, se olvidó de las Palabras de Dios. La instrucción divina era muy sencilla: *hablen a la peña*. No necesitaban hacer nada más. Pero en lugar de hablar a la peña habla Moisés al pueblo y golpea la peña. Al hacer esto, el gran conductor del pueblo mostró no solo falta de dominio propio y de atención a las palabras divinas, sino también falta de fe en Dios y falta de deseo de querer santificarlo. Jehová no le reclama que lo desobedeció, sino que no creyó en él. La consecuencia fue que, a pesar de sus súplicas, Moisés no entraría a la tierra prometida.

Si a Moisés, el hombre más humilde de toda la tierra (Números 12.3), el gran profeta, legislador, gobernante, mediador y uno de los gigantes de la fe le pasó esto, no es difícil que nos pueda ocurrir a nosotros. ¿No le ha sucedido que, después de responder incorrectamente a alguna provocación, le empiezan a venir a la mente los pasajes que ha olvidado y que ha quebrantado? (Lea Salmos 119.11 y 1Juan 3.9).

¿Cuál sería entonces la opción correcta? Darle solución a aquella circunstancia que nos está causando el enojo. Esto fue lo que hizo Jesús: *“Estaba cerca la pascua de los judíos; y subió Jesús a Jerusalén, y halló en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas allí sentados. Y haciendo un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos, y las ovejas y los bueyes; y esparció las monedas de*

los cambistas, y volcó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado. Entonces se acordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me consume” (Juan 2.13-17).

Jesús no cayó en el primer extremo, de no sentir enojo o de ser indiferente ante estas actividades ofensivas contra Dios. Jesús no miró hacia otro lado, ni tampoco se sentó a esperar que otros pusieran la solución. Tampoco cayó en el otro extremo. No perdió el control de sí mismo, no insultó ni golpeó a estas personas, no murmuró de ellas, ni tomó el evento como pretexto para ya no hacer nada. Jesús enfrentó directamente y de frente el pecado, basándose en la autoridad de las Palabras de Dios.

Ejemplo similar del apóstol Pablo: *“Mientras Pablo los esperaba en Atenas, su espíritu se enardecía viendo la ciudad entregada a la idolatría” (Hechos 17.16).* La Biblia Dios Habla Hoy traduce: *“se indignó mucho”*; otras versiones dicen: *“le dio mucha tristeza” (BLS), “le dolió en el alma” (NVI).*

Pablo, como fiel siervo de Dios, se enoja, se indigna al ver a la gente dando a dioses falsos la adoración que corresponde solo al Dios verdadero. ¿Pero qué hizo? ¿Murmuró de ellos, los golpeó, los insultó, se burló de sus creencias, se quedó en su casa a lloriquear? No, dice el verso 17 que discutía con quienes ya tenían conocimiento del Dios verdadero, y dicen los versos 22 y 23, que habló *educadamente* a los ciudadanos atenienses. Siendo él mismo buen conocedor de su cultura, se esforzó para actuar y hablarles en sus formas y, reconociendo la parte genuina de su búsqueda, les presenta al verdadero Dios y su mensaje de salvación.

Es cierto que se necesita coraje para aceptar con humildad los errores, para dejar el pecado definitivamente, para contender ardientemente por la fe dada una vez a los santos, para contrarrestar las artimañas del error donde se encuentren, etc.

Vea el exhorto que Dios mismo hace a Josué, el sucesor de Moisés: *“Solamente esfuérzate y sé muy valiente, para cuidar de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó; no te apartes de ella ni a diestra ni a siniestra, para que seas prosperado en todas las cosas que emprendas. Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien. Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo en dondequiera que vayas” (Josué 1.7-9).*

No solo Josué, sino todo el pueblo de Dios, necesitaron esfuerzo, valentía, coraje, arrojo, decisión, para primeramente tener presentes las palabras de Dios, cumplirlas sin apartarse a izquierda ni derecha y conquistar la tierra prometida. Los primeros cristianos necesitaron coraje y valentía para salir de su temor y de sus escondites y proclamar a Cristo desde las azoteas (Hechos 4.29-31). Pablo mismo pide valentía para predicar el evangelio de Cristo (Efesios 6.19-20). Se requiere valentía para dejar el mundo y aceptar el camino de Cristo (Hechos 22.16).

Es espiritual enojarse cuando la iglesia no está haciendo la obra de Dios, cuando hermanos andan desordenadamente, cuando hay pecados y faltas evidentes. Qué bueno que se indigne, siempre y cuando esa indignación no lo lleve a hacer exactamente lo mismo, que no lo lleve a murmurar de sus hermanos, que no lo lleve a dejar de hacer lo correcto, a dejar de adorar a Dios, a multiplicar el pecado, sino a ser valiente, controlar su enojo y conducirlo como una *herramienta* según el ejemplo de Jesús y de Pablo. Ya que el enojo puede ser inevitable, por lo menos sáquele provecho espiritual.

¿Está usted controlando su enojo y enfocándolo en la mejora de su comunión con Dios y en el rescate de los demás?

Debemos evitar que nuestra inteligencia sea esclava de nuestras emociones, y poner a nuestras emociones al servicio de nuestra inteligencia.

Os obsequio una buena frase de hace 2,300 años:

“Cualquiera puede enfadarse, eso es algo muy sencillo. Pero enfadarse con la persona adecuada, en el grado exacto, en el momento oportuno, con el propósito justo y del modo correcto, eso, ciertamente, no resulta tan sencillo”

(Aristóteles)

EL DOBLE ÁNIMO

¿Ha conocido a alguna persona que un día le sonríe, lo saluda y platica con usted, y otro día parece que ni lo conoce? ¿Personas que un día están alegres, otro día enojadas y al siguiente tristes, aunque no exista alguna razón clara? Comúnmente las llamamos personas volubles, es decir, cambiantes. Según el Diccionario de la Real Academia Española, el adjetivo *voluble* significa: “*De carácter inconstante*”. Una persona voluble es inestable, indecisa, variable, volátil.

Esta característica de las personas no es una enfermedad, ni siquiera representa una patología psicológica. Es más común de lo que creemos, pues todos, en mayor o en menor medida, hemos sido volubles en algún momento de nuestra vida. La psicología solo trata la *volubilidad* en los casos en que ocasiona problemas a la persona o a las que la rodean. Una persona voluble puede tener problemas en sus relaciones personales en su trabajo, escuela, familia o iglesia.

Y si en estas esferas causa problemas, ¿no causará problemas en nuestra relación con Dios? ¿No causará problemas que tratemos a los hermanos un día de una forma y otro día de otra? Y si para nosotros puede ser difícil tratar con una persona voluble, ¿será agradable para Dios que un día seamos unos y al otro día seamos otros? ¿que un día tengamos una buena disposición y al día siguiente tengamos una mala?

Nuestro Dios se refiere a este síntoma en su palabra llamándolo *doble ánimo*. Así dice la Palabra de Dios: “*El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos*” (Santiago 1.8). El término ‘doble ánimo’ es traducción del griego **dipsucos** (compuesto de **dis** –dos veces- y **psuque** -alma-).

La Biblia Latinoamericana dice: “*son personas divididas y toda su existencia será inestable*”. La Biblia Dios Habla Hoy traduce: “*porque hoy piensa una cosa y mañana otra, y no es constante en su conducta*”. La Biblia Peshitta vierte: “*siendo vacilante en su forma de pensar y desordenado en todos sus caminos*”.

Como dice Dante Gebel: “*Una persona de doble ánimo hoy conoce el propósito de su vida, pero mañana se le olvida*”. Por algunos días lee decenas de capítulos de la Biblia, pero luego pasa semanas que ni la toca. Hoy es ferviente de espíritu y mañana frío y apático. A veces es puntual, participativo y animoso en las reuniones, y de repente empieza a faltar, a llegar tarde, o a dormirse. Un día quiere evangelizar a todo el mundo, pero al siguiente no sabe ni para qué está en la iglesia.

Hoy cree y defiende una doctrina, y un mes después debate ardientemente por lo contrario. ¿Por qué? Responde la Biblia Dios Habla Hoy: *“porque hoy piensa una cosa y mañana otra”*. El apóstol Pablo advierte que *“ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina”* (Efesios 4.14).

Quienes estudian la conducta humana están de acuerdo con la Palabra de Dios en esto: una persona de doble ánimo será inconstante, no en uno, sino en todos sus asuntos. Quien no camine derecho junto a Dios, andará chueco en todos sus caminos. Una persona que no es confiable en las cosas de Dios, menos lo será en su vida diaria. *“Si la gente nunca sabe qué esperar de ti, dejará de esperar algo”* (John Maxwell).

El doble ánimo atacó constantemente al pueblo de Israel; si en algo fue constante este pueblo fue en su inconstancia delante de Dios: *“Y acercándose Elías a todo el pueblo, dijo: ¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él. Y el pueblo no respondió palabra”* (1Reyes 18.21).

La palabra *claudicar* (del hebreo **pasákj**), significa primariamente: *brincar o vacilar*. La versión Dios Habla Hoy dice: *“¿Hasta cuándo van a continuar ustedes con este doble juego?”* La Biblia en Lenguaje Sencillo traduce: *“¿Por cuánto tiempo van a estar cambiando de dios? Tienen que decidirse por el Dios de Israel o por Baal. Y si Baal es el verdadero dios, síganlo a él”*.

En este episodio se encuentran en el monte Carmelo (a mediados del siglo 9 antes de Cristo), el profeta Elías, el Rey Acab, el pueblo de Israel, cuatrocientos cincuenta profetas de Baal y cuatrocientos de Asera. No es que unos israelitas adoraran a Dios y otros a Baal, sino que dentro de la adoración a Jehová se estaban combinando prácticas idolátricas en torno a Baal, se estaba desarrollando un sincretismo religioso. Y ante la reprensión y el desafío del profeta Elías, el pueblo calla cobardemente, no porque estuviera conmovido, sino para no ofender al rey Acab.

Estos miembros del pueblo de Dios no se daban cuenta que estaban, finalmente, siendo infieles tanto a Jehová como a Baal. Su espíritu, mente y corazón, así como su actitud, conducta y adoración, estaban divididos. Una de las características del hombre de doble ánimo es que es indeciso, le cuesta mucho trabajo tomar decisiones rápidas, sobre todo en asuntos importantes. Pero Dios mismo llama enérgica y urgentemente a tomar una decisión. No se puede estar sirviendo a dos señores (Mateo 6.24). Dios da la libertad para seguir al dios de su preferencia.

El Señor Todopoderoso no es afectado por su decisión pues, ultimadamente, él ya es experto en rechazos.

¿Sabe cuál es otra característica de las personas volubles? Que les es muy difícil mantener o cumplir sus compromisos. Los judíos del tiempo del profeta Malaquías prometían a Jehová, pero luego sacrificaban lo dañado (Malaquías 1.14). Hoy en día no es muy distinto. Hay quienes de labios le honran, pero su corazón está lejos de Dios (Marcos 7.6).

Hay quienes en momentos de problemas, de necesidad o de enfermedad, le prometen grandes cosas al Señor, pero una vez que salen de su situación, se olvidan de sus promesas. ¿Cuántas veces no le hemos dicho a Dios: *“ahora sí voy a ser puntual a la reunión, ahora sí voy a dejar ese miserable pecado, ahora sí voy a ofrendar bien, ahora sí voy a estudiar mucho la Biblia, ahora sí voy a trabajar para ti”*? Pero después todo queda en vanas palabras. ¿Qué dirá Dios?

¿Recuerda la letra del himno 26, *‘Jesús, yo he prometido’*? Ya el sabio rey Salomón advertía: *“Cuando a Dios haces promesa, no tardes en cumplirla; porque él no se complace en los insensatos. Cumple lo que prometes. Mejor es que no prometas, y no que prometas y no cumplas”* (Eclesiastés 5.4-5).

Una persona voluble, o de doble ánimo, además, se vuelve impredecible. Nunca se sabe cómo va a actuar en los momentos difíciles, nunca se sabe si cumplirá su palabra o no, nunca se sabe si pagará su deuda o si terminará su trabajo, nunca se sabe cómo reaccionará ante la tentación o la provocación, o sencillamente ante la diferencia de opiniones, o ante una pequeña observación.

Resumiendo el carácter de una persona con doble ánimo:

- Es inconstante e inestable en todos sus asuntos.
- Cambia fácilmente de opinión, y hasta de creencias.
- Es indeciso en momentos de decisión.
- No cumple sus compromisos y promesas.
- Nunca se sabe qué esperar de su temperamento y conducta.

En serio le pregunto: ¿a usted le gustaría hacer tratos con una persona así? Pues a Dios tampoco. Es a los hermanos en Laodicea a quienes Dios les dirige una de sus más duras y fuertes reprensiones:

“Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca” (Apocalipsis 3.15-16). ¿Cómo detectó Cristo la tibieza de esta iglesia? Por sus obras y palabras. Dios quiere definición; Dios quiere que usted piense bien, elija un camino y persevere en él. Dios quiere que usted decida de qué lado del campo de batalla va a estar, y que haga ahí su trinchera. Nadie acepta a quienes voltean bandera fácilmente; nadie se sube a una palmera, si llega un huracán.

Pero las aguas agitadas desestabilizan hasta a un apóstol de Cristo: *“Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y comenzando a hundirse, dio voces, diciendo: ¡Señor, sálvame!”* (Mateo 14.30). En el versículo anterior se nos informa que Pedro, efectivamente, estaba caminando sobre las aguas. Y es que no solo creyó en la palabra del Señor, sino que fijó en él su mirada. Mientras que Pedro se dirigía a Jesús no había problema alguno, hubiera concluido su travesía con éxito.

¿Por qué de repente da gritos? Porque comenzó a hundirse. ¿Por qué comienza a hundirse? Porque tuvo miedo. ¿Y por qué tuvo miedo? Porque desviando su mirada del Señor, la fijó en el fuerte viento. El hombre de doble ánimo, pone los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe (Hebreos 12.2), pero al mismo tiempo los quiere poner en las circunstancias. Y el hombre no tiene capacidad de ver hacia dos lugares diferentes.

Por más que nos griten las tormentas de la vida, en los momentos más difíciles, cuando creemos que no tenemos recursos, cuando sentimos que no hay salida, o cuando nos fallan las fuerzas, es cuando más debemos de poner los ojos en Jesús y hacer que nuestra fe grite más fuerte.

Pedro tuvo que batallar mucho con su doble ánimo. Declaraba que Cristo era el Hijo de Dios, para enseguida servirle de tropiezo (Mateo 15.16-23), sacaba la espada para defender a Jesús de soldados (Juan 18.10), pero luego lo negaba con juramento ante simples criadas (Mateo 26.72), predicaba con valentía ante multitudes (Hechos 2.14), pero luego era hipócrita entre los mismos hermanos (Gálatas 2.11-14). En el momento más triste y difícil para Jesús, Pedro lo seguía, pero de lejos (Lucas 22.54).

Nosotros ahorita estamos tranquilos y tal vez hasta contentos, y parece fácil confiar en Dios. Pero ¿dónde está tu fe cuando arrecia la tormenta? ¿Dónde está tu fe cuando falta el dinero? ¿Dónde está tu fe cuando estás enfermo? ¿Dónde está tu fe cuando todo se torna gris? ¿Dónde está tu fe cuando hay problemas serios? El hombre de doble ánimo no solo no puede servir a Dios sino que tampoco se sirve a sí mismo.

El temor debilita la fe y puede incapacitar a los más fuertes, cuando no se sostienen *como viendo al Invisible* (Hebreos 11.27).

La solución de Dios: *“Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones”* (Santiago 4.8). No solo debemos de acercarnos a Dios, sino de mantenernos cerca de él. Pero es necesario limpiar las manos y purificar nuestra mente (1Juan 3.3). Debemos de pedir la ayuda de Dios para mejorar nuestro carácter, porque solos no vamos a poder. *“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí”* (Salmos 51.10).

¿Cómo se acerca Dios a nosotros? ¿Lo hará con doble ánimo? Dice la Carta a los Hebreos: *“Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió”* (10.23). Dios es fiel, y seguirá siendo fiel aun a pesar de nuestra infidelidad, pues no puede negarse a sí mismo (2Timoteo 2.13).

“Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos” (Malaquías 3.6). *“Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”* (Hebreos 13.8). *“Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación”* (Santiago 1.17).

¿Se imagina a un Dios con doble ánimo? ¿Voluble, inestable, indeciso, vacilante, impredecible, volátil? ¿Que hoy lo cuide y mañana lo destruya? ¿Que hoy le perdone sus pecados y mañana se los reclame? ¿Que hoy mande unas cosas y mañana lo contrario? ¿Que hoy le prometa el Cielo y mañana lo eche al infierno? Si siendo un Dios amoroso y perfecto, casi nadie lo acepta, imagínese a un dios tibio y caprichoso. Y si ningún ser humano aceptaría a un dios así, ¿por qué cree que Dios sí tiene que aceptar a hombres y mujeres con doble ánimo? ¿Por qué, quién dice?

Dios quiere que crezcamos en Cristo y no que seamos como niños fluctuantes (Efesios 4.14-15). *“Hermanos, no seáis niños en el modo de pensar, sino sed niños en la malicia, pero maduros en el modo de pensar”* (1Corintios 14.20). Los niños hoy se entusiasman por una cosa y mañana por otra; y está bien en ellos. Pero nosotros debemos de entusiasmarlos, afanarnos y ocuparnos solo en aquella cosa necesaria que no nos será quitada (Lucas 10.42).

¿Ya ha decidido usted en este momento qué camino tomará?

SIN PREJUICIOS

Así dice la Palabra de Dios: *“Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, y de sus ángeles escogidos, que guardes estas cosas sin prejuicios, no haciendo nada con parcialidad”* (1Timoteo 5.21).

En el contexto de este pasaje, Pablo instruye a Timoteo acerca de las responsabilidades y derechos de los pastores, así como del ejercicio de la disciplina. Ordena Pablo que siga sus instrucciones actuando *sin prejuicios*.

Según el Diccionario Vine, la palabra prejuicio, traducida del griego **prokrima**, *“denota juicio previo (relacionado con prokrino, juzgar de antemano), mostrando preferencia hacia una persona y dejando a otra de lado, debido a juicios desfavorables causados por la parcialidad”*.

Según el Diccionario de la Real Academia Española, el prejuicio es: *“1. Acción y efecto de prejuzgar. 2. Opinión previa y tenaz, por lo general desfavorable, acerca de algo que se conoce mal”*.

De este texto, de su contexto y según estos diccionarios, podemos entender que también nosotros, en nuestra vida diaria y relaciones personales, hemos de conducirnos y de actuar sin prejuicios, no juzgando de antemano las cosas, los hechos, ni a las personas; no inclinándonos o mostrando preferencia hacia una de las partes, ni formulando opiniones acerca de lo que no conocemos bien.

¿Cuántas veces hermanos, no creemos rápidamente todo lo que se nos dice acerca de algo o de alguien? ¿Cuántas veces no solo nos formamos opiniones, sino que las expresamos con ligereza, acerca de cuestiones que en realidad no nos constan o no conocemos bien? ¿Cuántas veces el prejuicio no ha sido causa y origen de conflictos de diversa intensidad en la familia, en el trabajo, en la sociedad y aun en la iglesia?

Por todo esto, nos es muy necesario analizar un poco el pecado del prejuicio, su origen, características y consecuencias, y esto con el objetivo de desterrarlo de nuestra vida, haciéndonos personas más sanas, así como más agradables a los ojos de nuestro Dios y de nuestros semejantes.

Vamos a comenzar por conocer el trasfondo de un conflicto muy conocido en los tiempos de la naciente iglesia de Cristo:

“Pero cuando estaban para cumplirse los siete días, unos judíos de Asia, al verle en el templo, alborotaron a toda la multitud y le echaron mano, dando voces: ¡Varones israelitas, ayuda! Este es el hombre que por todas partes enseña a todos contra el pueblo, la ley y este lugar; y además de esto, ha metido a griegos en el templo, y ha profanado este santo lugar. Porque antes habían visto con él en la ciudad a Trófimo, de Éfeso, a quien pensaban que Pablo había metido en el templo. Así que toda la ciudad se conmovió, y se agolpó el pueblo; y apoderándose de Pablo, le arrastraron fuera del templo, e inmediatamente cerraron las puertas. Y procurando ellos matarle, se le avisó al tribuno de la compañía, que toda la ciudad de Jerusalén estaba alborotada” (Hechos 21.27-31).

Pablo está en el templo de Jerusalén con cuatro judíos cristianos que tenían obligación de cumplir voto. Los judíos habían visto antes a Pablo con un griego. Luego, su maldad los hizo suponer intencionadamente, que Pablo había profanado el templo introduciendo en él a este gentil. Alborotan la ciudad y acusan a Pablo ante las autoridades romanas, comenzando un conflicto que durará por todo el resto del libro de los Hechos, y que deberá ser llevado ante la consideración del mismo Emperador romano.

Lo que nos interesa de este pasaje es la frase: *“a quien pensaban que Pablo había metido en el templo”*. La Nueva Versión Internacional dice *“suponían”*, la Versión Moderna dice *“se imaginaron”*.

Nuestro hermano Bill H. Reeves comenta: *“Ellos vieron una cosa y, por causa de su malicia, sospecharon otra cosa. Habían visto a Trófimo con Pablo en la ciudad pero ni siquiera afirmaron que lo habían visto en el templo. Muchísimas acusaciones no se basan en lo que se haya visto sino en suposiciones y sospechas, y de esto resulta mucha calumnia”*.

Ellos creyeron, pensaron, supusieron o se imaginaron y, en base a eso, actuaron. Así como cualquier otro pecado que el hombre cometa, el prejuicio puede causar tremendos problemas. El pecado generalmente no queda sin efectos negativos. El prejuicio además está asociado con otros pecados, con los cuales en ocasiones se relaciona, en ocasiones surge de ellos, o los provoca. A veces, el prejuicio es producto de una murmuración, en otras ocasiones, es el prejuicio lo que provoca la murmuración pero, en todos los casos, la malicia está presente.

En un estudio de especialistas acerca del prejuicio, se dice que:

“En los prejuicios entran componentes cognitivos (ideas o creencias), emocionales (valores y emociones) y conductuales (predisposición a actuar); y se caracterizan por la inflexibilidad, organización y coexistencia de actitud y creencia”.

Eso es precisamente lo que observamos en el conflicto de los judíos con Pablo. El pecado del prejuicio no es uno que se quede quieto. No es algo que se limita a nuestro interior y ya, en ese caso serían solo malos pensamientos. El pecado del prejuicio siempre va más allá. Se origina en la mente, desarrolla ideas y creencias, se organiza y da forma, se externa y expresa mediante palabras, actitudes o acciones, casi siempre negativas y hasta violentas.

Leemos que algunos judíos *“se imaginaron”* algo acerca de Pablo, lo expresaron a otros, estos otros lo creyeron inmediatamente, la ciudad se alborotó y actuó violentamente. Como dice nuestro hermano Reeves, su malicia los hizo sospechar otra cosa distinta a la que veían. El prejuicio tiene su origen en la mente, y fecunda gracias a la maldad o predisposición que ya se tiene contra el sujeto de nuestro juicio.

En pocas palabras, vieran lo que vieran los judíos, su mal juicio solo era la manifestación externa de una decisión y un sentimiento arraigado en su interior. Odiaban a Pablo, buscaban dañarlo, y lo iban a hacer, así lo vieran en un lugar santo dedicado a cosas santas, como realmente sucedía.

El origen del prejuicio no se encuentra en las intenciones o las acciones de terceros o en sus personas, sino en algún trastorno psicológico, la simple ignorancia, la maldad del corazón, arraigados sentimientos de rencor, de inferioridad, de amargura, o de envidia, en aquellos que prejuzgan. Estas cosas nos hacen pensar mal, nos obligan a atribuirles maldad a las personas y a sus acciones, aunque se encuentren leyendo la Biblia, dando limosna o haciendo oración.

Asimismo, vemos la malicia de aquellos que recibieron la murmuración acerca de las acciones de Pablo. A ellos se les olvidó o no les interesó lo más básico de la ética que conocían muy bien: *“¿Juzga acaso nuestra ley a un hombre si primero no le oye, y sabe lo que ha hecho?”* (Juan 7.51). A los judíos no les interesaba juzgar, si no era juzgar mal. Su maldad los controlaba y determinaba sus creencias, acciones y reacciones a lo que oyeran o vieran. Ellos no iban a investigar si lo dicho acerca de Pablo era cierto o falso, si había sucedido o no. No les interesaba la santidad del templo, sino solamente satisfacer su rencor. Quien se ha decidido por el prejuicio, no le interesa la verdad ni la razón, si no lo conducen a donde él quiere llegar.

No vemos que se hayan detenido y preguntado acerca de estos acontecimientos, no interrogaron a Pablo ni evaluaron evidencias. Solo escucharon, creyeron y actuaron. El prejuicio hermanos, es contagioso. ¿Cuántas veces no escuchamos hablar tanto de cierta cuestión o persona, hasta que llegamos a estar totalmente convencidos de ello?

El prejuicio ciega el entendimiento, nos impide actuar con amor y verdad, nos hace creer lo que no es, nos obliga a calumniar o a creer murmuraciones, y a actuar violentamente o con injusticia. Albert Einstein decía que: *“Es más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio”*. Una vez que en su mente ha aceptado cierta creencia hacia una persona, será casi imposible que lo hagan cambiar de opinión.

Por eso nuestro Señor nos dice: *“No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio”* (Juan 7.24). La versión Palabra de Dios para Todos dice: *“Dejen de juzgar por las apariencias, más bien juzguen de una manera correcta”*. Nuestro Señor no nos prohíbe el juzgar, sino el juzgar incorrectamente. Siempre estamos evaluando, clasificando, catalogando, etc. Dios pide que lo hagamos con justicia, para bien y sin hipocresía (Mateo 7.1-5).

Algunas frases que indican un juicio previo e incorrecto son las siguientes: *“luego luego se ve”, “se nota a leguas”, “de seguro eso lo dijo por mí”, “es evidente que”, “a mí se me hace que”, “debe ser cierto, lo dijo el hermano Fulano”, “ya sé lo que está tramando”, “esa persona siempre actúa igual”,* etc. El mundo tiene una frase muy conocida y socorrida: *“piensa mal y acertarás”*. El verdadero hijo de Dios no puede pensar mal, por muy buenos que parezcan los objetivos.

De hecho es tan corrompido nuestro lenguaje, que la palabra *evidente* ha venido a representar lo contrario de su significado. Según el Diccionario de la Real Academia Española, la palabra *evidencia* significa: *“Certeza clara y manifiesta de la que no se puede dudar. Prueba determinante en un proceso. Certidumbre de algo, de modo que el sentir o juzgar lo contrario sea tenido por temeridad. En conocimiento público, revelando o demostrando algo”*.

Y la palabra *evidente* significa: *“Cierto, claro, patente y sin la menor duda”*. Sin embargo, nosotros pronunciamos la palabra *evidente* usándola como una suposición o posibilidad. Si yo digo: *“el hermano está sentado”*, no estoy prejuzgando ni suponiendo nada, solo afirmando lo que es verdaderamente evidente. Pero si yo digo: *“es evidente que el hermano tiene malas intenciones”*, estoy basándome en el prejuicio y afirmando algo que no puede ser evidente.

De ahí entendemos también, que nuestra esfera o campo de juicio, tiene límites que nos es imposible o sencillamente no nos corresponde traspasar.

Samuel cometió ese error: *“Y Jehová respondió a Samuel: No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón”* (1Samuel 16.7).

En los comentarios de la Biblia del Diario Vivir, dice: *“Afortunadamente, Dios juzga por la fe y el carácter, no por las apariencias. Y debido a que sólo Dios puede ver el interior, sólo Él puede juzgar a las personas con precisión”*.

Matthew Henry comenta: *“Podemos decir cómo se ven los hombres, pero Dios puede decir lo que son. Él juzga a los hombres por el corazón. A menudo nos formamos un juicio errado de un personaje, pero el Señor valora solamente la fe, el temor y el amor plantados en el corazón, por sobre el discernimiento humano”*.

Según este pasaje y según estos comentarios, nos estamos poniendo en el lugar de Dios, cuando juzgamos a los demás de acuerdo a nuestros prejuicios o en base a lo que no podemos ver ni valorar. Podemos ver y afirmar lo que alguien está haciendo o dejando de hacer, pero sus razones o intenciones, solo él y Dios las saben.

Jesús veía y fustigaba la hipocresía de los judíos: *“Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre”* (Juan 2.24-25). Solo él podía hacer esto, pues es él quien escudriña la mente y los corazones (Apocalipsis 2.23). Hermanos, no nos pongamos en el lugar de Dios.

Cuando analizábamos el significado del prejuicio, veíamos que es una: *“opinión previa y tenaz, por lo general desfavorable, acerca de algo que se conoce mal”*. Nos creamos una opinión acerca de algo o de alguien antes de conocerle bien, generalmente de forma negativa. Esto indica que esa opinión previa bien pudiera ser positiva. Si vamos a juzgar algo antes de tiempo, ¿Por qué no hacerlo para bien?

Si algún hermano no nos invita a comer a su casa, ¿Por qué no pensar que a lo mejor no tiene los recursos? Si dos hermanos hablan de mí, ¿Por qué no creer que están hablando bien o que me quieren felicitar? Si una hermana me exhorta, ¿Por qué no suponer que desea mi salvación?

Si nuestro patrón nos carga la mano, ¿Por qué no pensar que nos tiene más confianza o nos cree más capaces que a los demás? ¿Por qué necesariamente creer que le caemos gordo, que nadie nos quiere, que nos quieren estafar, engañar, defraudar, que están hablando mal de mí, que me quieren expulsar, que todas las mujeres o todos los hombres son iguales, que todos los políticos son corruptos, etc.?

¿No le gustaría que todas las personas creyeran en usted, que confiaran en sus palabras, en sus buenas intenciones y propósitos? Pues eso haga exactamente usted con todas las personas: *“Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos”* (Lucas 6.31). Creamos en los buenos propósitos de las personas, por lo menos hasta que las verdaderas evidencias comprueben algo diferente. Juzguemos lo que sea evidente, aquello que es tangible y nos corresponde. Juzgar antes de tiempo, y juzgar mal, es un pecado delante de Dios.

Si de verdad quiere evitar el pecado del prejuicio, si tiene que emitir un juicio y le corresponde hacerlo, y si desea juzgar como manda Cristo, primero diríjase a las personas indicadas, pregúntele directamente a ambas partes, o infórmese lo más posible del asunto y analice con justicia las evidencias. Y, aún con todo esto, reconozca que su veredicto siempre será limitado, hipotético y aproximado.

Por eso Pablo decía: *“Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios”* (1Corintios 4.5).

Es el Señor el único encargado de juzgar y recompensar las intenciones de los corazones, y solo él dará el pago. Es un acto de verdadera fe dejar en las manos de Dios todo aquello que en la vida no se puede probar. No se preocupe tanto por lo que en esta vida escape al juicio público, a Dios nada se le va, pues de cada pensamiento y acción, y hasta de cada palabra ociosa que hayamos hablado, de ella daremos cuenta en el día final.

Dios le bendiga y muchas gracias por su atención a estos sencillos estudios.